

## I

Lo conocí a principios del '98, en el cumpleaños de una amiga. Tenía el pelo a lo Jim Morrison, barba de varios días, jeans negros tajeados y remera negra con una frase en inglés que no significaba nada. No debía tener mucho más de veinticinco años. Sentado en el suelo, descalzo, afinaba una guitarra. Una de las medias tenía un agujero del cual se escapaba el dedo gordo. Junto a él, también en el suelo, estaba Gastón, que lo miraba con ojos de groupie incondicional. Gastón era todo lo contrario de Max: usaba el pelo corto, se vestía siempre con pantalones color crema, cinturón marrón con sus iniciales en bronce, chombas blancas o beige y zapatos náuticos. Tenían la misma edad, pero Gastón parecía diez años más grande. Ya estaba casado y tenía un hijo. Sin ser del todo feo, Gastón era de esos que no entusiasman a nadie. Ni siquiera a su mujer, un chica más o menos linda pero que parecía incapaz de sonreír.

Lucrecia me los presentó y después me llevó hasta la otra punta del living. Sirvió dos vasos de cerveza y, aunque no hacía falta, me

confesó que estaba enamorada de Max. Según ella, se habían acostado un par de veces, pero nada más que eso. Los hombres no quieren comprometerse, dijo un poco triste, mucho menos hoy, mucho menos Max.

Apenas empezó a tocar nos sentamos en el suelo frente a él. Al principio fingió ignorarme, y lo hacía tan bien que hasta le creí. Tocó algunos temas de los Beatles, *Love me do* y *A hard day's night*, y un par de Dylan. Cuando terminó, le pidió a mi amiga que le trajera una cerveza bien fría. Lucrecia se la llevó tan rápido como pudo y también le ofreció una a Gastón. Max se tomó la suya con calma, sin prestar atención a nada que no fuera su cerveza. Después se tomó la de Gastón. Recién cuando la terminó, buscó otra vez la guitarra y se puso a cantar *Pretty woman*. Gloria, dijo y entonces me miró a los ojos, esta canción es para vos. Y todas las anteriores también. Lucrecia me miró como si yo tuviera la culpa. Para colmo, el hermano de ella le dijo a Max que yo también cantaba y propuso que hiciéramos un tema a dos voces. Me hice rogar un poco, pero al final acepté. Cantamos un tema de Extreme, en realidad el *único* tema de Extreme, y un par de Creedence. Después yo traté de imitar a Janis Joplin y no me salió tan mal. Max le pidió dos cervezas a mi amiga, una para él y otra para mí, y propuso un brindis por Janis Joplin y “por la *gloria* de

haberte conocido". Lucrecia simuló un dolor de estómago y nos echó a todos de la casa.

Max insistió con que fuéramos a tomar una cerveza al río. No siempre la vida reúne a dos personas como nosotros, dijo, y eso hay que festejarlo. Yo me moría de ganas, pero le dije que estaba muy cansada, que ya había tomado mucha cerveza y no estaba acostumbrada a tomar tanto. Y que al día siguiente –esto era cierto– tenía que despertarme temprano para ir a trabajar. Insistió un poco más, y cuando entendió que esa noche no iba a pasar nada, se ofreció a acompañarme hasta mi casa. No te preocupes, dije, vivo cerca. Con más razón, dijo, no me cuesta nada. Si quieren los llevamos, dijo Gastón mientras le abría la puerta del auto a su mujer. No seas pesado, le dijo ella con la misma cara de toda la noche, no ves que los chicos se quieren ir juntos. Gastón se mordió el labio inferior y cerró el puño derecho. Subí al auto de una vez que estoy cansada, dijo ella. Gastón cerró la puerta del acompañante y se despidió de lejos. Max se acercó, le dio un abrazo y le dijo al oído algo que no pude escuchar.

Mientras caminábamos para casa hablamos un rato de Gastón y de la mujer. Es un buen flaco, talentoso, decía Max, pero esa mina le arruina la vida. También nos contamos unas pocas cosas acerca de nosotros. Yo le conté que tenía veinticuatro y que vivía con mis padres y mi hermano menor. Había estudiado

Comunicación un par de años, hasta que papá tuvo el accidente y tuve que ponerme a trabajar de camarera para ayudar en casa. Max me contó que tenía veintiséis, vivía con tres hermanos menores y la madre. No trabajaba ni tenía planes de hacerlo. Por ahora sólo pensaba en su banda. Cuando le pregunté por el padre se quedó en silencio, como si no me hubiese escuchado. Le iba a preguntar otra vez, pero entonces dijo que nadie sabía a dónde estaba. Se esfumó, esa fue la palabra que dijo. El tipo era psicólogo y se había ido a México cinco años atrás. De vez en cuando mandaba fotos y postales, la mayoría del DF y algunas de la playa. Las pocas veces que llamó lo hizo por cobro revertido. A Max le costaba reconocer la voz de su padre, había adquirido un acento extraño. La última postal que mandó, o que al menos ellos recibieron, había sido un año atrás y presagiaba un final. Era una especie de despedida. ¿Dónde crees que esté?, dije. En Estados Unidos, dijo; por ahí se murió, o quizás lo mataron.

Para cambiar de tema le empecé a hablar de música. Le conté que había estudiado canto de chica pero nunca me había animado a más porque creía que me faltaba talento para escribir mis propias canciones. Entonces Max dijo que la música y la poesía eran como hermanas separadas al nacer, y que el trabajo del verdadero artista consistía en volver a

juntarlas. Pocos lo logran, claro, para eso, además de músico, hay que ser poeta. Le pregunté si sabía algo de poesía pero dijo que no, la poesía se hace, no hay que saber de poesía para ser poeta. Y él se consideraba tan músico como poeta. Algo así como Dylan, dijo, sólo que él –Max- tenía mejor voz. ¿Por eso cantás en inglés, por Dylan? No lo había pensado de ese modo, dijo, canto en inglés porque el castellano es horrible; no debería permitirse la música en castellano, en realidad en ningún otro idioma que no sea el inglés. Las últimas cuerdas las hicimos en silencio. Yo miraba hacia el frente y él parecía contar las baldosas, aunque a veces me buscaba de reojo. En ningún momento intentó besarme, pero antes de despedirnos me hizo prometerle que al día siguiente iría a cantar a su casa.

1

Lo conocí el día en que se mató Kurt Cobain. Llevaba jeans negros, botas y una remera blanca con Lennon estampado en el pecho. Estaba sentado en la segunda fila. Aburrido. Miraba a cada rato la hora en el reloj del hombre que tenía sentado junto a él. A veces se daba vuelta para mirar hacia atrás, como queriendo calcular cuánta gente había en la iglesia. Cada tanto fijaba la vista en una chica de vestido azul sentada en la misma fila. Al principio creí que podría tratarse de un familiar un poco excéntrico. Los que estaban a su alrededor lo miraban mal. Minutos antes de que terminara la ceremonia sacó un cigarrillo, lo pasó suavemente por debajo de su nariz. Se lo llevó a la boca sin encender. El cura era un tipo bastante joven que en el Niño Jesús de Praga todos amaban porque usaba sandalias y llevaba barba y pelo largo. Cuando autorizó a los novios a besarse, Max se levantó del asiento, en medio de los aplausos, y se abrió paso entre la gente con mucha agilidad. Salió a la calle. Yo no pude contenerme y le tomé unas cuantas fotos. Me hubiese gustado salir detrás para ver qué hacía, pero eso hubiese significado un problema con

quienes me habían contratado. Yo acababa de abandonar la carrera de cine. Aquel era uno de mis primeros trabajos como fotógrafo y aún me quedaban por pagar varias cuotas de la cámara.

Volví a verlo minutos después en el salón principal del hipódromo, antes de que llegaran los novios. La música del DJ se apagó y se encendieron las luces del escenario. Ahí estaba él, con su remera de Lennon. Junto a su banda, *Blackout* o algo por el estilo. Una banda que sonaba a lata, a compactadora de chatarra. Peor que una murga de principiantes. En medio de todo ese ruido estaba su guitarra. Y su voz, que no era muy afinada, pero tenía algo que la hacía diferente. Al cantar ponía caras desgarradoras –ojos cerrados, boca fruncida, las venas del cuello a punto de explotar. Gestos a lo Bruce Springsteen, un poco exagerados. Mientras su guitarra entraba por tus oídos, su voz entraba por tus ojos y fluía dentro de tu cuerpo como electricidad.

La gente, que llegaba de la iglesia muerta de hambre, les prestaba mucha más atención a las bandejas de los mozos que a ellos. Después del cuarto tema dejaron de tocar. Cuando bajaron del escenario pude ver que discutía con el bajista. Gesticulaba. Parecía enojado. El baterista se interpuso entre los dos tratando de calmarlo, hasta que él hizo un *fuck you* con la mano y se alejó. Lanzó varios insultos al aire ante la mirada incrédula de

los invitados. Salió a la tribuna, bajó hasta la pista de carreras. Encendió un cigarrillo. Su imagen me recordó al Jimmy Page de los Yardbirds en aquella escena de *Blow up*.

Me acerqué y le pregunté si podía tomarle una foto. Me miró sorprendido. Le dio una pitada al cigarrillo, altanero. Lo tiró a la pista. Volví a preguntarle. Como no dijo nada, le dije que estaba por exponer en una galería de arte frente a la Catedral de San Isidro, y si me dejaba retratarlo su foto estaría entre las principales. Entonces me miró: ¿se venden? Dije: mucho. ¿A cuánto? Cuarenta, cincuenta, hasta cien pesos si es muy buena; te puedo dar la mitad de lo que saque por tu foto. Está bien, dijo. Dije: ¿tenés otro cigarrillo? Sacó uno y me lo dio sin muchas ganas. Dije: es para vos, necesito que fumes, en la foto tenés que fumar. Está bien, dijo. Apoyate contra la baranda. ¿Así? No, así, eso, perfecto, mirá hacia la pista, eso, fumá, no dejes de fumar. Me alejé unos pasos y comencé a retratarlo desde distintos ángulos. Dijiste una foto. Cuantas más saque, más plata. No las vendas todas, guardá algunas para más adelante.

Antes de regresar al salón le di una tarjeta y le dije que me llamara cuando quisiera ver las fotos. Gastón Briante, dijo al ver la tarjeta. Deberías cambiártelo, ¿tenés segundo nombre? Natalio, respondí. Se quedó unos segundos mirando la tarjeta. Pensaba, o parecía hacerlo.



Dame una birome, dijo. Tachó la “s”, la “n” y el acento de la “o”. *Gato*, dijo, *Gato Briante... El Gato Briante*. Así está mejor, ahora tenés el nombre de un artista. Vas a ganar mucha más plata. Los gatos cazan de noche, dijo, vos sos un cazador de imágenes, un cazador de momentos... un cazador nocturno. Hizo una pausa. Después agregó: *Gato Briante, cazador de los mejores momentos...* ¿Vos cómo te llamás?, pregunté. Max, dijo. Se dio vuelta para volver a tocar. Lo detuve: dejame que te saque otra. Está bien, dijo, pero esta vez la pose la elijo yo. Se desordenó más el pelo, casi tapándole los ojos, hizo *fuck you* a la cámara y sonrió con el cigarrillo en la boca. Después lo tiró a la pista y volvimos al salón.